

EL BLOQUEO A VENEZUELA EN 1902

Karl Krispin (*)

En diciembre de 1902 se produce un bloqueo a las costas venezolanas por parte de las naciones acreedoras de Venezuela, Gran Bretaña y Alemania, y en menor medida Italia. Gobernaba Cipriano Castro en medio de la última de las guerras civiles venezolanas, la revolución *Libertadora*. Por ello algunos historiadores, de modo ligero y sin pruebas documentales, han diseñado la especie de que entre los insurgentes que adversaban a Castro y los gobiernos del bloqueo existía un entendimiento. Tal argucia causal ha resultado falsa desde el punto de vista de los papeles de Londres o Berlín. Incluso uno de ellos, en carta que despacha el Ministro del Exterior alemán a su embajador en Londres, se refiere a la revolución y despotrica de ella como resultado de la desconfianza que toda montonera armada causaba entre los gobiernos de Europa. Otro elemento histórico que desdice la existencia de la comentada sociedad, resultó del hecho de que una vez bloqueado el país, insurgentes y gobierno acordaron una tregua y se reunieron para definir en qué sentido estaba comprometida la soberanía nacional. Dicho sea de paso la revolución *Libertadora* continuó, pero ya transitaba herida de muerte a causa de la derrota en la batalla de la Victoria entre los meses de octubre y noviembre. En ella se enfrentaron los ejércitos de Castro al mando de unos seis mil hombres y los de la revolución con unos catorce mil hombres a cargo del banquero y general Manuel Antonio Matos. En “la Victoria” murieron unas dos mil quinientas personas. La derrota final de la *Libertadora* se produciría en Ciudad Bolívar en julio de 1903.

El caso es que el motivo aparente que llevó a estas naciones a aliarse contra un país avasallado por las calamidades, se vinculaba a viejas deudas que el gobierno venezolano no había satisfecho. Me refiero a un motivo aparente, ya que el gasto en que incurrieron en sus operaciones de guerra excedió con creces al reclamo contra Venezuela. Sin embargo, la presencia de Cipriano Castro en el poder

(*) Escritor e historiador. Licenciado en Letras por la Universidad Católica “Andrés Bello” y Magister en Ciencias Políticas por la Universidad de Tulane. Autor de diversos trabajos referidos a la época del Bloqueo y la Revolución Libertadora.

contribuyó a exacerbar los ánimos y crear una percepción entre las naciones europeas de que Castro adversaba, por sus métodos arbitrarios, sus intereses en Venezuela. Las inversiones británicas en nuestro país ocupaban la primera posición. Los alemanes, por su parte, dominaban el comercio del café, los ferrocarriles y las casas comerciales. Las declaraciones de Castro en cuanto a que no reconocería deuda alguna contraída con anterioridad a su gobierno irritaron de modo especial al *Foreign Office*. A esto se agregaba el hecho de que había dispuesto que las reclamaciones extranjeras se sometieran a la consideración de una asamblea constituyente finalmente nunca convocada y el impuesto de un treinta por ciento con que pechó a los productos provenientes de Trinidad. De cualquier forma el país, además de la contienda civil que desarrollaba, estaba dramáticamente en la bancarrota y las pocas entradas de que disponía el gobierno se utilizaban para adquirir el parque de guerra necesario para contener a la revolución.

Más allá de la excusa de que no habían ingresado los pagos venezolanos a las tesorerías europeas, en el bloqueo se evidenció todo un problema de control imperial. En 1895 los británicos habían tratado de avanzar en territorio venezolano desde sus posesiones de la Guayana Inglesa. Sus apetencias consistían en hacerse de las bocas del Orinoco para monopolizar el comercio del río y el rico territorio aurífero del Yuruari. La intervención del presidente de los Estados Unidos, Grover Cleveland, les aguó la primera parte de la fiesta expansionista. Los alemanes venían de una rutilante intromisión relámpago como nación imperial. Antes de 1870 no se puede hablar con propiedad de Alemania, pero a partir de ese año con la unificación y el triunfo alemán en la guerra franco-prusiana, comienza la expansión germana más allá de su territorio. El príncipe Otto von Bismarck, brillante y ambicioso aristócrata, amo absoluto de la política alemana, quería para el *Kaisern* sólo la corona continental que inauguró en las narices mismas de los franceses en Versalles, sino un trofeo territorial en el mundo para competir todopoderosamente con sus pares europeos. Hans von Bülow, Ministro del Exterior, sostenía sin ambages desde la *Wilhelmstrase* que los alemanes no habrían de permanecer en las sombras sino de cara al sol. Pronto los alemanes colocarían el águila imperial en África y Asia. América era un continente apetecido y particularmente aspiraban a hacer de la isla de Margarita una base teutona. Con un énfasis delirante, el editorial del periódico *Münchener Allgemeines* advertía en 1897 que *la próxima tarea de Alemania era la de hacer desaparecer, por las buenas o por la fuerza, a la Doctrina Monroe*. Las cartas estaban echadas. Bastaba una excusa cualquiera y el déspota Cipriano Castro, de quien se expresó Joaquín Crespo que era un indio que no cabía en su cuerito, se las ofreció en bandeja de oro.

El 8 de diciembre de 1902, el diligente cónsul venezolano en Trinidad, Carlos Benito Figueredo, quien poseía una de las redes de espionaje más eficientes para

reportar a Castro sobre los movimientos de la *Libertadora*, informaba al presidente acerca de la presencia de buques de guerra británicos y alemanes. A los pocos días, lo que hubiese sido interpretado como normal dentro de los movimientos navales propios de las potencias europeas en el Caribe, cambiaría drásticamente cuando estas naves dirigieron sus cañones contra la Guaira, Puerto Cabello y Maracaibo. La escuadra alemana por su parte no sólo bombardeó Puerto Cabello y la Guaira causando destrozos y pérdidas humanas, sino que permitió a sus marinos bajar a tierra y pillar sin detenimiento. Los excesos alemanes pronto tuvieron eco en Londres. Mientras los marinos de la casa Hohenzollern le entraban a saco a la soberanía nacional y los ingleses prudentemente se replegaban en silenciosa vigilancia, es anecdótico recordar que los italianos decidieron permanecer pescando en alta mar. La reacción venezolana fue inocua, aunque en Maracaibo la resistencia nacional logró disuadir el desembarco de los alemanes. Su precaria fuerza naval fue reducida a la nada. En Puerto Cabello -según contaba Alfredo Cortina-, los cañones locales del Fortín Solano sólo pudieron dar en el blanco de un patio de la familia Gramcko.

Hubo escándalo en la Cámara de los Comunes que pronto puso en el banquillo de los acusados esta alianza anglogermana, especialmente luego de la reacción desfavorable de Estados Unidos hacia la empresa europea. No hay que olvidar que en los eventos recientes de la guerra de los boers en Suráfrica, Alemania había apoyado a los Afrikaners en contra de sus ahora socios, los británicos. El prejuicio anti-alemán había sido desoído en Downing Street. El 12 de diciembre Cipriano Castro arengaba a la nación con aquella famosa frase: *La planta insolente del extranjero ha hollado el suelo sagrado de la patria*, dictada la noche anterior a sus escribanos entre brandy y brandy. Frente a lo que sucedía en el país, el silencio hemisférico fue unánime. Tan sólo Luis María Drago, canciller argentino, enviaba su solidaridad a Venezuela con argumentos razonados sobre la base de que las naciones no podían ser compelidas al pago de sus deudas por vía de la fuerza. En un primer momento los americanos habían dado patente de corso a sus amigos europeos para el cobro de sus deudas sin conceder mayor importancia al hecho de su poderío militar. Tal permisividad había hecho al propio Roosevelt adoptar una política si se quiere hasta de neutralidad frente a los hechos. Pero muy pronto desempolvaron con velocidad la doctrina Monroe al darse cuenta de que la acción militar tendía hacia una adquisición de territorio, lo que finalmente originaría el famoso *Corolario Roosevelt* con el cual rechazaron la presencia europea y, a su vez, confirmaron la condición de *Mare Nostrum* de un Caribe tutelado por Washington, como ha apuntado Manuel Alfredo Rodríguez. Ante la reacción americana, Gran Bretaña deshizo su entente con Alemania. Venezuela fue invitada a discutir sus deudas en los llamados *Protocolos de Washington* solventar sus problemas con las naciones acreedoras. Los europeos se comprometieron a marcharse a casa. Alemanes y británicos no volverían a mancomunar sus armas. Años más tarde los sucesos de Sarajevo sabrían colocarlos

en trincheras enemigas. Nunca se habló de indemnizar a Venezuela por los destrozos infligidos y las pérdidas sufridas. Y, detalle aparte, el país fue representado en los *Protocolos* por el señor Herbert Bowen, ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Venezuela y de acuerdo a los hechos históricos, plenipotenciario igualmente de nuestro país.

A Cipriano Castro se le ha querido ver como un nacionalista a carta cabal, luego de los eventos del bloqueo. En rigor, poco podía hacer sino elevar proclamas incendiarias que de nada sirvieron sin la intervención de los Estados Unidos ante estos desafortunados eventos. Si bien la excusa del bloqueo se emparentaba con más que el apetito imperial de los europeos, con la gula territorial de los poderosos, no es menos cierto que la actitud de enfrentamiento verbal del presidente venezolano abonó un suelo de por sí fértil para la intervención de las potencias. Durante el resto de su ejercicio presidencial, las relaciones con los europeos y los americanos fueron particularmente disparatadas y en más de una ocasión Teodoro Roosevelt habló con toda naturalidad de darle unos azotes. Venezuela era un país agónico para la época; pero el verbo de Castro, su intolerancia, su ridícula autocracia de opereta contribuyó con creces a hundir aún más en el descrédito al infortunado país que sólo con Juan Vicente Gómez encontraría un tiránico pero añorado sosiego.

En 1908 Castro viaja a Alemania a fin de operarse sus dolencias nefríticas. Al llegar a Berlín donde las manos del doctor Israel lo librarían de una muerte que postergaría su visita hasta 1924, cometió unos de los actos más indignos que presidente *nacionalista* alguno hubiese podido adelantar. Dejó sus tarjetas de presentación en el despacho del *Kaiser* que años antes había insultado y vulnerado a su nación. Huelga decir que Guillermo II no se tomó ni siquiera la molestia de acusarle un recibo a sus cartones.

Bibliografía

Boletín de FUNRES, añoIV, No. 6-7, enero-diciembre 1989, Caracas 1990.

Documentos británicos relacionados con el bloqueo a las costas venezolanas, Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y Fundación para el Rescate del Acrevo Documental, FUNRES, Caracas 1982.

Fiebig von Hasse, Ragnhild. **Lateinamerika als Konfliktherd der Deutsch-Amerikanischen Beziehungen 1890-1903**, Vandenhoeck & Ruprecht, München 1986.

Herwig, Holger. **Germany's Vision of Empire in Venezuela 1871-1914**, Princeton University Press, New Jersey 1986.

Hood, Miriam. **Diplomacia con cañones**, UCAB, Caracas 1978.

Krispin, Karl. **La revolución libertadora**, Banco de Venezuela, Caracas 1990.

Picón Salas, Mariano. **Los días de Cipriano Castro**, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas 1992.

The letters of Theodore Roosevelt, Harvard University Press, Cambridge Massachusetts 1954, Tomo 8.